

Conspiración en el trópico

George L. Eaton

Bill Barnes/16

CAPÍTULO I CONSPIRACIÓN EN EL TRÓPICO

En las sombras de las estrechas calles parecían hallarse al acecho la muerte violenta y el asesinato; y también se pudiera creerlas agazapadas en las oscuras y míseras casas de aquel barrio, situado en el extremo norte de Central Park, conocido con el nombre de barrio español.

Allí, los descendientes de la sangre pura castellana se mezclaban con portugueses, mulatos, con mestizos de las Antillas y con otras variedades de hombres y mujeres cuyo color de piel iba desde el negro azabache o del amarillo, hasta los tipos casi completamente blancos, y aun a los ejemplares rubios y rosados del anglosajón.

Aquella era una especie de olla en que se mezclaban todos los habitantes de las Antillas con americanos. Codeábanse en aquel lugar la intriga, la traición, la lealtad y la valentía. Y allí todos no pretendían otra cosa que vivir de acuerdo con sus costumbres o sus ideales.

En una de las más estrechas y oscuras calles de aquel barrio se hallaban dos hombres en la sucia puerta de una casa de ladrillos, iluminada por los leves resplandores proyectados por una ennegrecida bombilla eléctrica.

Ambos eran jóvenes, tenían blanquísimas dentaduras y vestían con elegancia. Sus negros ojos aparecían risueños y llenos del atrevimiento propio de la juventud.

En respuesta a su llamada, abrióse un ventanillo en la puerta maciza y sucia.

Por un momento un ojo los observó receloso; luego la puerta se abrió en silencio y se cerró después de darlos paso, con un fuerte chirrido de los goznes. Un sujeto, con la cara señalada por la viruela, los condujo por un corredor casi oscuro, abrió otra puerta y los hizo penetrar en una estancia, en cuya atmósfera flotaban los olores confundidos del ajo y del vino tinto.

Desde la galería que en la parte alta circundaba aquella sala cargada de humo se oyeron, repentinamente, las notas de una orquestina. Una joven avanzó con voluptuosos movimientos hasta el centro despejado de la sala y empezó a danzar con la mayor gracia y elegancia.

Sus altos tacones golpeaban rítmicamente el suelo embaldosado y con las castañuelas acentuaba el compás de su baile y el de la música.

En un extremo de la sala, en un punto menos iluminado y ante una mesa situada cerca del espacio despejado del centro, cuatro hombres morenos contemplaban a la bailarina. En sus rostros no se advertía el entusiasmo ni tampoco ninguna expresión de disgusto. Sus rostros eran excesivamente impasibles, como si fueran de piedra.

La bailarina, por su parte, no perdía de vista a tres hombres sentados a una mesa situada en un rincón de la sala. Estos hablaban en voz baja y, a veces, miraban a su alrededor para convencerse de que nadie los oía.

Miguel Morales, el más joven de los tres, era un muchacho guapísimo.

Coronaba su frente morena el cabello negrísimo, peinado hacia atrás. Tenía los ojos de color azul oscuro, muy vivos; la nariz era recta y bien formada y en cuanto a

la boca grande y risueña. La mano que sostenía su vaso era larga, esbelta y muscular a un tiempo.

Y el porte de su cabeza y el de toda su persona daban a entender que aquel hombre tenía una gran confianza en sí mismo, aunque ninguna arrogancia.

Tenía el aspecto de verdadero castellano que, por azar, hubiese ido a visitar aquel extraño barrio de Nueva York.

El segundo se llamaba Saúl Cox. Era alto, flaco y de aspecto cadavérico. Por ojos tenía dos pedazos de acero azulado. Su rostro era una máscara inmutable e imperturbable. Estaba inmóvil y escuchaba al tercer hombre, grueso, macizo, de cabello gris y bigote recortado.

Era uno de aquellos individuos que se suelen ver corriendo de un lado a otro en Wall Street, todos los días laborables. Y aun cualquiera hubiese podido suponer que Richard Vilas era banquero.

Es decir, que pertenecía a la categoría de banqueros que han alcanzado una buena posición después de muchos años de duro trabajo.

Los dos jóvenes, al entrar, descubrieron inmediatamente a los tres hombres que acabamos de describir. Tomaron una mesa contigua, pero entre los dos grupos no hubo ninguna señal de reconocimiento. En cuanto a los cuatro sujetos sentados a otra mesa, cambiaron algunas miradas significativas.

Después de algunos minutos, Miguel Morales deslizó un pedacito de papel en la vuelta de una pierna de su pantalón. Luego miró receloso a su alrededor, por lo menos media docena de veces.

Y sin que, al parecer, moviese un solo músculo, extendió la pierna hacia la mesa que ocupaban los dos jóvenes. Uno de ellos, con el mayor disimulo, tomó el papelito doblado y lo escondió en la palma de su mano.

Veinte minutos más tarde, cuando los dos jóvenes se hubieron bebido sus copas de vino, se pusieron en pie para salir del lóbrego restaurante.

Apenas habían llegado a la calle cuando las luces del local parpadearon algunas veces. Y, de pronto, la sala quedó sumida en oscuridad absoluta.

Oyéronse agudos chillidos, maldiciones, blasfemias, y casi inmediatamente el ruido de algunas sillas al caer al suelo. Casi todos los clientes habían visto en Yucatán, en casa de María, apagarse las luces de un local público.

Y ya de antemano sabían que, al encenderse la luz, alguno de los presentes habría perdido la vida.

Entre las ruidosas voces en español y en algún dialecto hispano americano se oyó un grito agudo, que terminó en un estertor.

El hombre alto y de aspecto cadavérico, del que ya hemos hecho mención, dió vuelta a la mesa y obligó al joven Morales, tenderse en el suelo. Desde allí su revólver disparó contra una figura vaga que se divisaba apenas a corta distancia y sobre ellos dos.

Otro revólver lanzó un foganazo a menos de diez metros de distancia. Las balas iban a rozar el suelo de piedra y las paredes, por encima de las cabezas de los dos hombres tendidos. Se oyó un silbido; los hombres gritaban, blasfemaban y maldecían, y las mujeres, por su parte, proferían agudos chillidos.

Cuando se encendieron las luces, unos momentos después, la sala estaba desocupada, pues los últimos clientes se habían agrupado ante la puerta de salida. Pero Richard Vilas, el individuo grueso y corpulento, de cabello gris y bigote recortado, continuaba sentado a su mesa, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos grotescamente colgantes.

Sobre la pechera de su camisa se veía una mancha de sangre y en la región cardíaca asomaba el mango de un cuchillo que alguien le había clavado.

Antes de salir Miguel Morales y Samuel Cox por una ventana que daba a la parte posterior de la casa, se cercioraron de que aquel hombre estaba muerto.

Los dos jóvenes, uno de los cuales había sacado aquel papelito doblado de la vuelta del pantalón de Miguel Morales, bajaron los pocos escalones de la puerta exterior del establecimiento y se dirigieron a la Quinta Avenida.

Andaban por el borde exterior de la acera y aun por el arroyo cuando llegaban a algún punto oscuro de la calle. Llevaban las manos en los bolsillos y tenían asidas las culatas de sus pistolas. Y no cruzaron una palabra, hasta sentir la protección de las luces y de la gente a su alrededor. Entonces pronunciaron breves palabras.

Al llegar a la esquina, de la calle 110 se dirigieron a un garaje que permanecía abierto toda la noche y entraron en el lavabo. Después de cerrar cuidadosamente la puerta, uno de ellos sacó la nota que le entregara Miguel Morales. Era muy breve y decía así:

«Dentro de cinco días estaremos dispuestos. Todo el equipo ha salido ya. Nuestro amigo dispone cinco cazas bien armados y dos de bombardeo. Contratad cinco pilotos más y tened cuidado acerca, de ellos. Cox y yo volaremos con vosotros hacia el Sur. Nos reuniremos en El Banco, el martes, a las once de la noche.

»M.»

Resplandecieron en una sonrisa los blancos dientes de uno de ellos y, sin poder contenerse, exclamó:

-¡Viva Morales!

-¡Cállate, idiota!-le dijo el otro-. Felices seremos si nos es posible salir de Nueva York con vida. Y más aun si podemos sacar de este país algunos aviones armados.

Después de quemar aquella nota, salieron y tomaron un taxi, que los llevó ante la puerta de una casita de aspecto pobre y apenas iluminada en algunas ventanas, situada en el lado inferior del Oeste de Greenwich Village.

Aquel edificio fue antes una vivienda particular, pero ahora, subdividido en varios cuartos, estaba convertido en casa de vecinos. Pagaron al chofer y, cuando se dirigían a la puerta, detúvose un sedán a corta distancia.

Y no hicieron caso de los tres individuos que se apeaban, es decir, que no se fijaron en ellos hasta que les apuntaron con sus pistolas automáticas, en el momento en que se ocupaban en abrir la puerta.

Y antes de que pudiesen intentar siquiera sacar sus propias armas, los otros tres, a culatazos, los dejaron sin sentido.

A la mañana siguiente un obrero del muelle los halló dentro de un tinglado situado a orillas del New River. Tenían la ropa manchada de la sangre que les salió de los profundos tajos que les habían hecho en el cuello.

CAPÍTULO II LOS GANADORES

El aire hacía bailar la aguja de la brújula. El avión caía en un bache de aire tras otro, impulsando a Bill Barnes contra su cinturón de seguridad. Cuando se inclinaba su ala izquierda, llevó el poste de mando hacia la derecha y miró atrás, a Sandy Sanders.

El muchacho parecía estar muy animado. Se divertía en grande, en tanto que Bill hacía algunas pruebas con el «Tempestad».

-Si quiere usted, Bill-dijo-, yo puedo substituirle un rato. Quisiera aprender a ejecutar ese tirabuzón de que habla Shorty.

Bill volvió a mirar al muchacho, con expresión difícil de describir, pues era, a la vez, algo burlona y admirativa. Sabía que el muchacho pertenecía a la categoría de los que lo prueban todo, aunque les vaya en ella la vida. Hízole seña para que viniera a encargarse de los mandos y Sandy acudió con la mayor prisa, Bill fue a ocupar el lugar que dejara libre Sandy y se puso el casco provisto de auriculares.

-Acuérdate de enderezar suavemente el avión mientras esté picando. Y que cuando pierda el impulso en el rizo es el momento en que has de empezar a trabajar. Y si te estrellas, juro llevarte al puente Brooklyn, para que vayas a vivir con los arenques.

Sandy tragó saliva e inclinó hacia adelante el poste de mando. El «Tempestad» inició una caída vertical, no solamente impulsado por su propio peso, sino que también por la fuerza de sus motores.

Cuando hubo descendido seiscientos metros, Sandy agarró el poste de mando con mayor fuerza y, despacio, lo inclinó hacia atrás. El avión se enderezó gradualmente y elevó su proa, hacia el cielo azul.

Dio luego un empujón a la barra del timón y llevó el poste de mando a la derecha, con lo cual obtuvo el efecto deseado. El avión dió dos o tres vueltas sobre si mismo, como pudiera hacerlo un corcho en un remolino.

Luego la cola se deslizó para apuntar hacia tierra y Bill Barres pasó un mal momento mientras el muchacho luchaba con los mandos. Por un momento pareció que no lograría inclinar hacia tierra la proa del aparato, pero lo consiguió casi en seguida y, al fin, el avión voló en línea horizontal. Sandy miró a Bill por encima del hombro.

-¡Ya ve usted que lo he hecho!-exclamó, entusiasmado.

-Es verdad, muchacho-le contestó Bill-. Pero será mejor que no lo repitas. Hay un tiempo y un sitio para cada cosa.

-Ya lo sé-contestó Sandy-. Nada más he querido probarlo por si algún día lo necesito.

-Ahora ya lo sabes hacer-le dijo su jefe, mientras volvía a encargarse del mando.

En aquel momento se iluminó de rojo el cuadrante de la radio. Bill hizo girar una saeta, conectó un enchufe y graduó otro indicador circular.

-¡Llamada a B. B.! ¡Llamada a B. B.!-cantaba una voz.

-¡B. B. al habla! ¡B. B. al habla!-contestó Bill.

-Bill-añadió aquella voz-. Ha telefonado un individuo. Y he notado algo raro en él. No ha querido dejar ningún recado ni hablar con nadie más que con usted.

-¿Quién es?-preguntó el aviador.

-Dijo llamarse Morales, Miguel Morales...

Bill empujó el poste de mando y la barra del timón.

-Estaré en el campo dentro de diez minutos-contestó a Tony Lamport, el jefe radio telegrafista-. Pregúntele su número y dígame que le llamaré.

-No ha querido darme su número-contestó Lamport.

-Bien. Si vuelve a llamar dígame que estaré de regreso en el tiempo indicado. Corto.

Ocho minutos más tarde, Bill aterrizaba con el «Tempestad» en su propio campo y llevó a cabo esa operación con envidiable maestría, pues el aparato se posó suavemente en el suelo, sin sufrir el menor choque.

Bill hizo una seña a Martín, el jefe mecánico, a fin de que se encargase del avión y él, por su parte, se apresuró a dirigirse a su vivienda. Sandy lo seguía de cerca.

Dos minutos después Bill estaba en su oficina. Llamó el teléfono. Era Miguel Morales.

-¡Hola, muchacho!-exclamó Bill-. Me importa poco que seas presidente en tu isla, pues para mí siempre serás Miguel.

Pero desapareció la sonrisa del rostro de Bill. Prestó atento oído. Manifestó la mayor simpatía, por cuanto acababa de oír y, al fin, convino en ir a su encuentro en El Banco, en la calle Octava, de Nueva York. Miguel le había dado cuenta de que corría peligro alejándose de aquel lugar.

La expresión habitualmente plácida del semblante de Bill había desaparecido después de oír la breve explicación de Miguel Morales. Recordó sus días en el colegio. Miguel era entonces un muchacho, alegre, cortés y bondadoso, sin preocupaciones de ninguna clase. Pero también en aquellos tiempos no era, como ahora, el presidente depuesto de una república isleña.

Su padre había sido el presidente de la república de la isla, de Sonora y, a la muerte de éste, el hijo, Miguel, lo sucedió en la presidencia. Por los periódicos ya se había enterado Bill de la revolución que depuso al joven Miguel, pero como eso ocurriese en un momento en que estaba agobiado por otros cuidados, no prestó mayor atención al caso.

Pero ahora Miguel se hallaba en un apuro. Y recordó que era amigo suyo.

Consideró que las dificultades de Miguel eran las suyas propias. Y se volvió a Sandy, diciéndole:

-Ponte el traje nuevo, muchacho pues vamos de paseo.

Tomó Bill el receptor telefónico y llamó a Tony Lamport.

-Diga a Shorty y a Red Gleason que los necesito.

-Han salido los dos hacia Westchester, Bill-le contestó Tony-. A ese concurso aéreo.

-¿Concurso aéreo?-preguntó Bill, arrugando la frente.

-Sí, ambos inscribieron sus cazas. El primer premio, dos mil quinientos dólares.

-Llámelos en seguida-le contestó Bill-. Si no me equivoco, les voy a proporcionar ocasión de lucirse en el aire.

-Está bien-contestó Tony.

Shorty Hassfurter y Red Gleason estaban muy ocupados en ajustar sus motores de doce cilindros y 1.200 caballos, tipo Diesel, de los cazas, cuando Tony Lamport se puso en contacto con ellos.

Habían quitado las ametralladoras ajustables de la parte posterior, las ametralladoras de proa, el rifle automático, las municiones y todo el equipo de «camping» que usualmente llevaban en el compartimiento posterior.

Es decir, que quitaron todo lo posible a sus aviones, con objeto de aligerar su peso. Y desde la punta que cubría el eje de la hélice hasta el timón de la cola, los dos aparatos parecían otros tantos caballos de carrera que tascaran el freno, deseosos de que los llevarsen sus «jockeys» a la línea de partida.

-Habla, Tony, y dinos qué idea alberga tu debilitada mente-le dijo Shorty.

-No sabes lo que me contenta poder hablarte sin necesidad de ver tus narizotas-le contestó Tony.

-Veo que eres muy inteligente.

-Lo bastante para pisar siempre la tierra-contestó Tony-. Cuando me entierren estaré enterito y aún habrá alguien que diga.: «!Qué natural está!».

-¡Hombre! El aspecto de un «kiwi» no te lo quita nadie. Pero no. Más te pareces todavía a un lechón.

-¡Idiota!-exclamó Tony, riéndose-. Bueno, Bill es necesario. Se está cocinando algo. Y quiere que vengáis inmediatamente.

-¡Oye, tú, orejas de elefante!-le gritó Short-. El concurso empieza dentro de cinco minutos y necesito el dinero. Déjame que hable con Bill.

-Está muy ocupado, preparándose para ir a Nueva York.

-Bueno, pues dile que dentro de un par de horas estaré de vuelta. Pregúntale si le parece bien.

En tanto que la radio permanecía silenciosa, Shorty llamó a Red y le comunicó lo que acababa de decirle Tony Lamport. Ambos se expresaron entonces de un modo muy pocas veces usado en unas salas de costura ocupada por señoras ancianas. Y esperaron, impacientes, la respuesta de Tony.

-Bill dice que está bien. Y me ha encargado avisaros que si alguno de vosotros se estrella con un caza, los dos podéis buscar trabajo inmediatamente.

-¡Ve a que te den friegas en la nariz!-le contestó Shorty mientras chispeaban, alegremente sus ojos-. Y, si quieres, ya me encargaré yo de eso en cuanto esté de vuelta. Bueno, corto, respetable y respetado anciano.

En efecto, cerró la comunicación y puso en marcha el motor. Red se dirigió al otro caza y subió al puesto de mando.

Cinco minutos después daban la vuelta al primer poste en la carrera de 132 millas. Más o menos agrupados, precediéndolos o siguiéndolos, volaban otros cincuenta y siete aviones, inscritos para tomar parte en la prueba. Y todos los competidores eran considerados como los más veloces del mundo.

Reinaba allí un estruendo espantoso y los veinte mil espectadores estiraban los cuellos y volvían las caras hacia el cielo, para contemplar el vuelo de aquellos aparatos.

A un lado del campo se hallaba el radiolocutor ante el micrófono. Su voz tronaba desde lo alto y dominaba el rugido de los motores.

-Señores-aullaban los amplificadores-, les recomiendo que se fijen muy bien en esos dos anfibios de ala baja, que vuelan uno al lado del otro. Los dos rojos. Vean ustedes cómo dan la vuelta al poste sobre la punta de un ala. No hay duda de que van tripulados por pilotos de verdad. Y cuando digo pilotos, quiero decir pilotos.

«Ambos forman parte de la organización Bill Barnes, del famoso escuadrón de locos luchadores. El que va un poco adelante es el famoso Shorty Hassfurth. El otro es Red Gleason. Todo el mundo ha oído hablar de ellos. Tenían diez y nueve años cuando empezaron a luchar contra los alemanes tripulando «Epads» y «Nieuports», en 1917. Ya conocen ustedes los records que entonces establecieron. Y continúan en primera fila. Han volado en todos los rincones del mundo, desde que ingresaron en la organización de Bill Barnes, que goza de fama universal.

»¡Vean ustedes cómo vuelan! A fuerza de valentía y habilidad se han puesto a la cabeza de todos los demás. Hay otros aviones tan rápidos como los suyos, pero ellos saben aprovechar toda la fuerza de sus motores cuando dan la vuelta a los postes. No hay duda de que saben volar. Y ya van en la última vuelta. ¿Se han fijado ustedes en que, al dar esta última vuelta, Shorty parecía ir a chocar con Red? Pero no hay miedo de que hagan una maniobra equivocada.

»Ya vienen emparejados. Seguramente, si pudiésemos medir la distancia que los separa, no hallaríamos más allá de seis pulgadas. Quizá vuelan de esta manera para repartirse el premio.

»Y ya estamos al final de la carrera. ¡Fíjense! Los dos a la vez han roto la cinta de la meta. ¡Qué pareja de aviadores! Hoy han tenido ustedes ocasión de presenciar algo extraordinario. Con la excepción de Bill Barnes, han visto volar a los mejores pilotos del mundo.

»Este Bill Barnes ha logrado reunir a un excelente grupo de aviadores. Y tiene unos aviones estupendos, proyectados y construidos por él mismo. Tiene media docena de cazas como esos dos. Su propio aparato lleva el nombre de «Tempestad» y lo que hizo con él en la carrera alrededor del mundo no hay nadie capaz de repetirlo. Salió algunas horas después que todos los demás y los venció al cabo. Tiene una resistencia física extraordinaria y una voluntad de acero.

»Además de Red y de Shorty tiene a un as juvenil capaz de obligar a un aeroplano a hacer cualquier cosa, menos hablar, por supuesto.

»¡Ojalá se hubiesen inscrito todos los pilotos de Bill Barnes! Además de los que ya he nombrado, son Beverley Bates, natural de Boston y con acento propio de los que han estudiado en la Universidad de Harvard. Y si no le viesen volar, tal vez a primera vista creyeran que es un jovencito tímido. Luego hay que mencionar a Cy Hawkins, un tejano de piel atezada; pertenece al tipo de hombres entre los cuales se reclutan a los policías de Texas.

»Barnes tiene un campo de aviación que es la envidia de todos los aeropuertos que hay en torno de Nueva York, y un personal técnico... Pero veo que ya empiezo a charlar como una vieja que relata una operación quirúrgica de que ha sido objeto. Me parece que el «Gavilán» de Custiss habrá ganado el tercer premio...»

CAPÍTULO III ENEMIGOS

Oscurecía ya cuando Bill Barnes, guiando su «roadster» aerodinámico, atravesó la puerta exterior de su campo de vuelo, en dirección a Leland Lane.

Cuando atravesaba la puerta, Sandy se reía. Hablaba de la serie de juegos de prestidigitación que aprendiera recientemente, gracias a haber seguido un curso por correspondencia.

Sostenía entonces entre el índice y el pulgar una moneda de cincuenta centavos y mientras Bill la miraba, la moneda desapareció.

-¡Cualquier día, vas a sacar un plato de estofado de tu sombrero!-le dijo.

-Anoche aprendí una cosa nueva-le contestó Sandy-. Es un viejo truco de Houdini. El modo de librarse de una camisa de fuerza.

-¿Y de dónde has sacado la camisa de fuerza?-preguntó Bill, riéndose.

-La he comprado de lance-replicó Sandy, muy serio.

-¿Quieres darme a entender que, realmente, has comprado una camisa de fuerza?-preguntó Bill, mirando a Sandy de soslayo.

-Claro que sí-repuso, muy serio, el muchacho-. Y añadiré que es de un nuevo sistema.

A Bill no se le ocurrió replicar cosa alguna. Si el muchacho tenía caprichos, no había por qué impedirselos. Además, al lado de otras humoradas que se le ocurrieron anteriormente, un poco de prestidigitación resultaba algo inofensivo.

Guió el automóvil a través del Puente Queensboro. Acababan de encender las luces del puente, que parpadeaban a cierta altura, y a cada lado del coche, mientras

Bill lo conducía con la mayor habilidad por entre los ruidosos camiones y los hermosos automóviles de líneas aerodinámicas.

En la parte inferior del río y en el puerto de Nueva York los <ferryboats> de lenta marcha, hacían parpadear sus luces de situación. Los rascacielos se iluminaban poco a poco y sus enormes masas se destacaban sobre el cielo, cada vez más oscuro.

Dos o tres viejos barcos de carga subían lentamente el río desde los Narrows. Un barco de guerra avanzaba, prudente, hacia el muelle de la Marina de Guerra, en Brooklyn. Bill observó todas estas cosas de una sola mirada, y se maravilló.

Era aquel un lugar asombroso. ¡Nueva York! Un lugar como nunca hubo otro parecido. Y era imposible figurárselo o creer en su existencia hasta después de haberlo visto.

Y él se dirigía entonces a un pequeño y oscuro restaurante español para asistir a la cita que le diera Miguel Morales, el mismo que, en sus días juveniles, se envanecía en la escuela de su sangre castellana, que nunca habría negado aunque en ello le fuese la vida.

-En este mundo suceden cosas muy extrañas-dijo Bill a Sandy.

Éste se figuró que su jefe le hablaba de su prestidigitación y, de pronto, abrió una de sus manos debajo de la nariz de Bill. Por los extremos de sus dedos se arrastraba algo parecido a una diminuta serpiente.

-¡Eh!-exclamó Bill, ladeándose-. ¡Qué demonio...!

-Es de caucho, Bill-contestó Sandy, asustado por la exclamación de su compañero-. Me figuré que ya lo sabía.

-Bien-contestó Bill-. Es de caucho. Pero cuando quieras hacer cosas así, avisa antes, pues corres el peligro de que te arrojen de cabeza al agua.

Pasados unos momentos, Bill habló de las cosas en que estaba pensando.

-Lo que quise decir, muchacho, es que resulta extraño ver a Miguel Morales en las circunstancias en que se halla. En el colegio dormíamos en la misma habitación. Era orgulloso y rico y tenía el mundo a su disposición. Hoy, en cambio, es el presidente depuesto de una república de las Antillas, y vive oculto en un pequeño restaurante de Nueva York. En el colegio era un buen amigo mío. Pero ahora necesita de mi auxilio y ha llegado la ocasión de demostrarle mi amistad.

Desvaneciése la sonrisa de Sandy y con las manos apoyadas en las rodillas, se inclinó hacia adelante.

-Nunca he visto que dejara usted desamparado a un amigo-observó.

-Por lo menos me esfuerzo en no hacer tal cosa-le contestó Bill, después de un momento de silencio, en tanto que discurría, acerca de mil cosas-. Vamos a ver si se puede hacer algo por él. ¿No te parece?

-Ya sabe que siempre puede contar conmigo, de igual modo que con los demás-dijo sencillamente Sandy.

Bill no le contestó, pues sentía intensa emoción. No era sentimentalista, pero apreciaba en todo su valor la lealtad y la amistad. Conocía cuánto valían los pilotos que tripulaban sus aviones.

Ninguno de ellos lo defraudó en una sola ocasión. Siempre habían luchado con toda el alma, sin abandonar la contienda en tanto que les quedara un átomo de sentido.

-Me gustaría saber qué tal les ha ido a Shorty y a Red en el concurso aéreo-murmuró para sí.

-¿Esos dos cabezotas?-replicó Sandy-, cualquier día, yo...

Bill sonrió. Aquellos dos cabezotas, con sus continuas bromas, hacían desdichado a Sandy. Éste, mientras tanto, sonreía, prometiéndose la mayor diversión de su vida, en cuanto les mostrara aquella serpiente de caucho, con la que les daría el gran susto.

Luego las ideas de Bill lo llevaron a pensar nuevamente en Miguel Morales, en tanto que sus fuertes y musculosas manos guiaban el coche con maestría insuperable. Seguía el extremo derecho del puente. No tenía prisa para llegar a tiempo a la cita de Morales. Y trataba de recordar las cosas que en el colegio le dijera su amigo acerca de la isla, de Sonora.

Vínole a la memoria el dato de que la familia de Morales había gobernado la isla por espacio de doscientos años. El abuelo de Miguel fue su último rey.

Luego, el padre de su amigo fue nombrado presidente de la república cuando la isla adoptó esta forma de gobierno. Y a la muerte de su padre, Miguel fue elegido para, reemplazarlo. Luego la revolución obligó al joven a huir para salvar la vida.

Era curioso, pensó Bill, que Miguel no se hubiese puesto antes en contacto con él, pues, por lo menos, debía de llevar ya un año en los Estados Unidos.

Tal vez fue demasiado peligroso para él exponerse al azar de que se descubriese su paradero. Quizá...

Bill inclinó el coche a la derecha, en el momento en que un automóvil largo, de turismo, se situaba, a su lado, marchando a la misma velocidad. Apenas si los dos vehículos se hallaban a la distancia de cinco centímetros uno de otro.

Bill volvió la cabeza y pudo ver que tres hombres ocupaban aquel coche.

Eran morenos y llevaban los sombreros con las alas inclinadas sobre los ojos. Y tenían tales tipos, que a nadie le habría gustado encontrarlos por la noche en una calle oscura. Dos de ellos ocupaban el compartimiento delantero y el tercero iba en el "tonneau". Éste se inclinó hacia el suelo, como si buscara algo, en tanto que los dos coches avanzaban emparejados.

Sandy observaba a aquellos hombres con la curiosidad insaciable que tenía por todo. Bill, por su parte, sintió la premonición de que aquel coche seguía marchando a su lado por alguna razón, de manera que observaba a sus ocupantes con el rabillo del ojo. Y le parecía notar algo raro...

De pronto sucedió.

El hombre que ocupaba la parte posterior del coche se puso en pie. Parecía, muy asustado. En la mano derecha sostenía un objeto negro, pequeño, del tamaño aproximado de una pelota. Rápidamente lo arrojó al asiento delantero del coche de Bill, y aquello fue a chocar con la rodilla de éste. Luego cayó al suelo, en tanto que el otro coche emprendía la marcha rápidamente.

Bill reflexionó con la rapidez que le era habitual y de su frente manaban algunas gotas de sudor al exclamar:

-¡Deprisa! ¡Tira eso al agua! ¡De prisa!

Un muchacho de reflejos más lentos y de menor facultad de coordinación que Sandy tal vez hubiese obrado demasiado tarde. Pero el muchacho estaba ya educado en una excelente escuela. Recogió aquel objeto ovoide y se puso en pie. Bill estaba lleno de angustia y le pareció que el muchacho tardaba una eternidad en arrojarlo.

-¡Tíralo!-repitió.

Sandy hizo oscilar el brazo. El objeto de color negro salió disparado, pasó por entre los cables y fue a caer en el Río Este.

Dos segundos después de su desaparición, pareció estremecerse la tierra. El puente retembló y los automóviles que lo ocupaban se agitaron, como locos, de un

lado a otro. Rompiéronse algunos cristales de los parabrisas o de las ventanillas de los coches cerrados y casi en el mismo instante pudo oírse la sirena de las motos de la policía, que se acercaban por entre los coches.

En el puente reinaba la mayor confusión, pues todos trataban de huir, acometidos de pavor.

Bill miró a Sandy, que se pasaba la lengua por los labios y tenía los ojos desorbitados, más por la sorpresa que por el miedo.

-Imagínese usted-dijo a su jefe-, que yo no la hubiese tirado al agua.

-No te imagines nada-le contestó Bill. En cuanto Sandy hubo tirado la bomba al agua, se esforzó en seguir al coche fugitivo, pero los que se hallaban ante él parecían estar gobernados por locos pues se agitaban en todas direcciones, cerrándole el paso. Y los peatones estaban pálidos y se miraban unos a otros, deseosos de huir, como los espectadores de un teatro incendiado.

Al ver que un motociclista de la policía se acercaba, Bill llevó su coche a la derecha y lo llamó. El tráfico habíase suspendido por completo y en el puente se oían en confusión espantosa, las sirenas de los vehículos.

El agente del tráfico fue a detenerse al lado de Bill, mirándole con recelo, pero al reconocerlo se acercó, preguntando:

-¿Qué demonio ha sucedido, señor Barnes?

-Una bomba-contestó el aviador-. De esas llamadas «piñas». Ahora óigame, aunque deseo que no lo sepa la Prensa. Contestaré a todas las preguntas que se me hagan, pero no quiero ninguna publicidad.

»Un auto con tres hombres vino a situarse a mi lado. Siguieron de la misma manera por espacio de algunos minutos y luego el individuo que ocupaba, el asiento trasero arrojó la «piña» contra mí. Sandy, mi compañero, la cogió y la tiró al río. Y con la mayor oportunidad, pues, de lo contrario, nos habría hecho trizas.»

-¿Conoce usted a esos hombres?

-Nunca los había visto-contestó el aviador-, pero me imagino que los veré otra vez.

-¿Se ha fijado usted en el número del auto?

Bill meneó la cabeza, pero Sandy contestó que él lo había visto y que lo recordaba. Sacó papel y lápiz del bolsillo, anotó el número y lo dió al agente.

Mientras tanto el tráfico empezaba a regularizarse.

-Tendrá usted que acompañarme, señor Barnes-dijo el agente.

-Ahora no-le contestó el aviador, con la mayor firmeza-. Tengo una cita y presumo que podré averiguar qué se pretendía con eso. Iré más tarde a Jefatura.

El policía, dudoso, meneó la cabeza. Bill embragó y oprimió con el pie el acelerador.

-No debería consentir que se marchara -dijo el agente.

-Sea usted bueno-le replicó Sandy, en tanto que el coche emprendía veloz carrera.

No cruzaron una sola palabra hasta llegar al extremo Manhattan, del puente.

Allí la policía se detuvo unos instantes, pues un destacamento de agentes se dedicaba a examinar todos los coches y a interrogar a sus ocupantes. Un sargento saludó a Bill al reconocerlo.

El aviador no se molestó en darle detalles acerca de la bomba, pues sabía que el otro agente ya los comunicaría. Tenía la precisión de llegar cuanto antes a la parte baja de la ciudad para hablar con Miguel Morales.

Tomaron la calle Novena y dejaron el coche parado en la Plaza de la Universidad. El Banco se hallaba, en la esquina inmediata. Y cuando Sandy se hubo apeado, Bill cerró el coche.

-¿Quiénes debían de ser esos tunos, Bill?-preguntó el muchacho.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

